

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispánica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen IV

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

“Cien mil esperanças allí se anegaron”

“Fortuna nos traxo tal pena penosa
 que agenos nos hizo de toda holgança.
 Secóse la flor de nuestra esperança,
 gran fruto esperando de planta graciosa:
 nacieron espinas; secóse la rosa;
 secóse la flor; nacieron abrojos;
 nacieron fatigas, nacieron enojos.
 Murió nuestro Príncipe, joya preciosa”¹.

Se lamentaba el poeta haciéndose eco del dolor que asoló a España tras la muerte del príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos. Todo sucedía un miércoles cuatro de octubre, festividad de San Francisco, de 1497², cuando en casa del obispo de Salamanca³, don Diego de Deza, maestro del príncipe, expiraba el heredero estando de testigo presencial, entre otros, el propio rey don Fernando. Con esta muerte perecía también la esperanza que el pueblo había puesto en el sucesor de un país cuya unificación había sido larga y costosa. El reinado del que hubiera sido Juan III, se evaluaba como un paso necesario para afianzar los logros de la corona en el asentamiento y unión de los reinos hasta entonces dispersos. Pero además este fallecimiento abrió una importante brecha en la sucesión, pues se cumplieron los temores que doña Isabel había tenido a lo largo de su reinado, el que España cayera en manos extranjeras. Pues como sabemos, tras la muerte de la reina en 1504, subirá al trono Felipe el Hermoso, una vez excluido Fernando el Católico. Su reinado, aunque breve, abre un paréntesis en el que la unión de las dos coronas se ve seriamente amenazada. Crisis que

1. Estos versos y el que nos sirve de título para este trabajo pertenecen a *La dolorosa muerte del Príncipe don Juan de gloriosa memoria; hijo de los muy católicos Reyes de España, don Fernando el quinto y doña Ysabel la tercera deste nombre. Tragedia trobada por Juan de la Encina*. Para la cita nos servimos del facsímil del *Cancionero de Juan del Encina*, publicado por la Real Academia Española (Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1928).

2. Así nos lo indica GONÇALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO en el *Libro de la Cámara Real del Príncipe don Juan*, ed. de J. M. ESCUDERO DE LA PEÑA, Madrid, Sociedad de Bibliófilos españoles, 1870, p. 23.

3. “Que murió malogrado en el año 19 de su edad en la ciudad de Salamanca en los palacios de su Obispo” nos relata LÓPEZ DE HARO en su *Segunda parte del Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, Madrid, Fernando Correa de Mozenegro, 1622, fol. 4.

se superará tras la revuelta de las Comunidades (1520-1521) ya en pleno gobierno de Carlos I, considerado también como un extranjero⁴. Pues al fin y al cabo, la desaparición de don Juan “se llevaba a la casa de Trastámara forjadora de la unidad nacional”. Con ello comenzó lo que “Ortega habrá de definir como la invertebración de España”⁵.

Desde que en 1478 nació don Juan⁶, apenas un año antes de que don Fernando se convirtiera en rey de Aragón, los Reyes Católicos programaron minuciosamente su formación política e intelectual, incluyéndolo en todos los actos que de una manera u otra marcarían el devenir de la futura corona. Así, en abril de 1480, aprovechando las Cortes que se celebraban en Toledo, el príncipe es nombrado heredero del reino de Castilla, “después de los días de la reyna”, en la iglesia de Santa María de dicha localidad, como lo refiere Hernando del Pulgar:

“...estando todos en la yglesia de Santa María, delante del altar mayor, juraron solemnemente en un libro misal que tenía en sus manos el sacerdote que avía celebrado la missa de tener por rey destos reynos de Castilla y León al príncipe don Juan, hijo mayor del rey y de la reyna, para después de los días de la reyna, que era propietaria destos reynos”⁷.

Un año más tarde, en mayo de 1481, nos cuenta Nebrija cómo fue hecho heredero del reino de Aragón en la villa de Calatayud:

“Y un día del mes de Mayo de mil y quatrocientos y ochenta y un años, en la yglesia de Sant Pedro de aquella villa de Calatayud, donde suelen hazer las congregaciones y actos generales, estando presentes el rey y la reyna y el príncipe su hijo, todos aquellos cavalleros y varones y oficiales y procuradores de las ciudades y villas del reyno, en una concordia juraron solemnemente de aver por rey y señor de aquellos reynos y señoríos de Aragón al príncipe don Ioan, después de los días del rey su padre. Y así mesmo el rey y la reyna juraron de guardar sus privilegios y usos y costumbres, según que los reyes pasados los avían guardado”⁸.

4. Cfr. PÉREZ, J., *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, Swan, 1986, p. 129.

5. Son palabras textuales de SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., en *Los Trastámara y los Reyes Católicos*, Madrid, Gredos, 1985, p. 373.

6. Para el nacimiento de don Juan, entre otros muchos pueden verse *Los Anales Breves del reinado de los Reyes Católicos, don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria que dejó manuscritos el Dr. J. Lorenzo Galínez Carvajal*, in: *Crónicas de los Reyes de Castilla*, ed. Cayetano ROSSELL, Madrid, M. Rivadeneyra, 1878, p. 533.

7. HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los muy altos y esclarecidos Reyes Cathólicos don Hernando y doña Ysabel de gloria memoria...*, Zaragoza, Juan Millán, 1567, fol. 90v.

8. E. ANTONIO DE NEBRIJA, *Crónica de los muy altos y esclarecidos Reyes Cathólicos don Fernando y doña Ysabel, de gloriosa memoria...*, Valladolid, Sebastián Martínez, 1565, fol. 144v.

Sistemáticamente encontramos a don Juan en todos los acontecimientos más relevantes del reinado de los Reyes Católicos. En la toma de Granada, recibe las llaves de la ciudad de las manos de sus padres, que a su vez las recibieron del rey moro:

“Y dio las llaves de la Alhambra y de la otras fortalezas y çiudad al rey, y el rey se las dio a la reina, y la reina se las dio al príncipe don Juan su hijo, y el príncipe don Juan se las dio al conde de Tendilla”

En Barcelona apadrina junto con los reyes el bautizo de seis indios traídos por Colón en su primer viaje. También estuvo presente en las Capitulaciones del Tratado de Tordesillas, mediante las cuales el poder marítimo quedaba repartido entre España y Portugal⁹.

Desde el punto de vista intelectual, su formación superaba con creces la que hasta entonces había recibido cualquier otro príncipe español¹⁰. Su cámara se rodeó de los mejores intelectuales del momento. Don Diego de Deza fue el que corrió con su educación, hombre de reconocido prestigio, catedrático de filosofía de la Universidad de Salamanca¹¹. Él fue el encargado de enseñarle las primeras letras y adoctrinarle en la religión católica, sin que ello fuera obstáculo para que mantuviera estrecho vínculo con los principales postulados humanistas, así como con intelectuales europeos de la talla de un Pedro Mártir de Anglería, entre otros¹². Hasta tal punto fue bien considerada la organización de la cámara de don Juan que, años más tarde de su muerte, Carlos V pide a Gonzalo Fernández de Oviedo, cortesano de los Reyes Católicos, que le haga una relación de la composición de ésta a fin de imitarla para su primogénito, Felipe II. Relación que en principio se hace en cinco o seis hojas y que más tarde da lugar al *Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan*, obra hoy día imprescindible para conocer en detalle aspectos concretos de la vida de nuestro personaje en particular y de la cortesana del siglo XV en general¹³.

9. Estos tres acontecimientos pueden verse en ALONSO DE SANTA CRUZ, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. Juan de MATA CARRIAZO, Sevilla, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1951, pp. 47 –la cita–; 90-91 y 108-110 respectivamente.

10. Los parámetros seguidos por los reyes en la educación de este príncipe pueden verse en el obra del canónigo de Toledo ALONSO ORTIZ, *Diálogo sobre la educación del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos*, ed. de G. María BERTINI, Madrid, Porrúa, 1983.

11. Para el estudio de este personaje sigue siendo imprescindible el trabajo de COTARELO VALLEDOR, A., *Fray Diego de Deza... ensayo biográfico*, Madrid, José Pereda y Martínez, 1902.

12. En más de una ocasión se ha destacado la formación y disposición natural de este príncipe que incluso cultivaba con alarde la música. *Vid.* a este respecto el ensayo de CLEMENCIN, B., *Elogio de la reina católica doña Isabel*, Madrid, Imprenta de Sánchez, 1820, p. 386 y ss.

13. *Op. cit.*, pp. IX-X.

Si su formación preocupó sobremanera a sus padres, no menos sucedió con su matrimonio. Por cuestiones de Estado se decidió que se casase con la infanta doña Margarita, hija del emperador Maximiliano, quedando con ello afianzada un alianza de interés común para ambos países¹⁴. Así, un mes antes de la boda, en marzo de 1497, la infanta desembarcó, tras haber partido de Flandes, con todo su séquito en Santander, saliéndola a recibir el rey y el príncipe, según nos comenta en detalle Oviedo¹⁵. Los desposorios se llevaron a cabo el Domingo de Ramos, 19 de marzo de 1497, siendo las velaciones el lunes de Quasimodo, 3 de abril, en la ciudad de Burgos, con gran gasto y aparato, según cuenta Zurita:

“...Se celebraron los desposorios el Domingo de Ramos con mucha solemnidad, y en principio del mes de abril los velaron con las mayores fiestas que en casamiento de príncipe se hicieron grandes tiempos antes en Castilla. Velólos el Arçobispo de Toledo y fue padrino el Almirante don Fadrique y madrina su madre doña María de Velasco. Como avía pasado mucho tiempo que no casavan en España los príncipes sucesores sino dentro della, y no buscavan los reyes mugeres a sus hijos sino de los mismos reinos por el deudo que entre sí tenían; y este parentesco de la casa de Austria fue tan embidiado y obligado con los dos casamientos, el rey y la reyna acordaron de hazer con tanto gasto y aparato las fiestas del matrimonio de su hijo, quanto se podía esperar de su grandeza”¹⁶.

Ni que decir tiene la gran acogida que tuvo este casamiento entre el pueblo, sobre todo cuando al poco la princesa queda preñada. En septiembre el príncipe don Juan marcha a Salamanca, ciudad que le fue donada por sus padres en 1496, fecha en la que es nombrado Señor de la misma y en la que comienza a ejercer su gobierno¹⁷. Al poco cae enfermo, y ante la gravedad de la dolencia, Diego de Deza, que había sido nombrado a la sazón Obispo de Salamanca, escribe una

14. Estos desposorios fueron concertados en 1495 según cuenta ALONSO DE SANTA CRUZ (*Op. cit.*, pp. 135-136). En ese mismo año se acordará el matrimonio de su hermana doña Juana, a la postre Juana la Loca, y Felipe el Hermoso, hermano a su vez de doña Margarita.

15. Quien desee conocer este episodio histórico puede recurrir al artículo de CARRIAZO, J. de M., “Amor y moralidad bajo los Reyes Católicos”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 60, 1954, pp. 53-76; y en concreto para el caso que nos ocupa las páginas 70-72. HERNANDO VÁZQUEZ DE TAPIA para conmemorar tal evento publica en este año en Sevilla unas *Coplas al recibimiento de la princesa Margarita en Santander y Burgos*, vid. MOÑINO, A.R., *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos, siglo XVI*, Castalia, Madrid, 1970, nº 626; y DUTTON, B., *El Cancionero del siglo XV (c.1360-1520)*, Salamanca, Universidad, 1991, nº 97*VT.

16. ZURITA, G., *Historia del Rey don Hernando el Católico*, Zaragoza, Domingo de Portonariis, 1580, fol. 118v.

17. Así nos lo relata VILLAR Y MACIAS, M., en su *Historia de Salamanca* (Salamanca, Francisco Núñez Izquierdo, 1887, pp. 26-27): “En 1496 concedieron los Reyes Católicos a su hijo el príncipe el señorío de esta

carta a los reyes (que por aquel entonces se encontraban en Valencia de Alcántara ultimando la boda de su hija Isabel con el rey de Portugal, don Manuel), invocando a uno de los monarcas para que fuera a ver al príncipe, con cuya visita le confortaría su mal, con palabras tan elocuentes como éstas:

“...Si esta enfermedad viniera en tiempo que vuestras Altezas no tubieran tanta necesidad de estar ausentes, fueran todo el remedio de su mal, porque se ayuda mucho más quando vuestras Altezas están delante, y con más obediencia está a la medicina y recibe mejor el esfuerzo y el alegría...; todos los que aquí estamos suplicamos a vuestras Altezas que uno de vuestras Altezas vengá acá, que será muy gran remedio de salud...”¹⁸.

En breve, el rey don Fernando llega a Salamanca¹⁹ justo a tiempo de poder dar su bendición y confortar el espíritu de su hijo moribundo²⁰. El 4 de octubre, como señalamos más arriba, fallece el príncipe de las fiebres que durante varios días

ciudad, quien el 22 de abril confirmó en Burgos todos los privilegios que gozaba la Universidad, y el 18 de octubre los de los caballeros de los linajes de Santo Tomé y San Benito; y en 1497 dio varias disposiciones para el mejor abasto de Salamanca, el 13 de febrero mandó empedrar sus calles”. También en 1497 otorga licencia a García de Albarratigui para construir una casa-mancebía (Vid. ARAUJO, F., *La reina del Tormes, guía histórico-descriptiva de la ciudad de Salamanca*, Salamanca, Caja de Ahorros, 1984, p. 80); e incluso ordena a través de una real cédula que el corregidor ayude a D. Alonso Manrique, Maestrescuela de la Iglesia de Salamanca, para castigar los excesos de los estudiantes y personas del Estudio (Cfr. *Catálogo de la Exposición de los libros manuscritos e impresos referentes a los Reyes Católicos y de los documentos sobre los mismos reyes que existen en los archivos universitario, catedralicio y municipal de Salamanca*, Salamanca, Patronato Provincial para el Fomento de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1951, p. 20).

18. Carta recogida por ESCUDERO DE LA PEÑA, J.M., en su edición del *Libro de la Cámara Real...*, apéndice II, V(A), pp. 232-233. Esta carta, como nos indica ESCUDERO DE LA PEÑA, procede de un manuscrito de varios de la Academia de la Historia, no obstante también se nos había conservado en un manuscrito misceláneo, el Mss. 13127, de nuestra Biblioteca Nacional –en concreto en el folio 158– hoy día desgajado y en paradero desconocido.

19. “Sabido el peligro en que estava el príncipe, el rey se partió de Valencia a toda furia, y mudando cavallos que le tenían en paradas, llegó antes que el príncipe le pudiesse desconocer, pero falleció dentro de pocos días; dexando no sólo a sus padres, y a su muger, pero a todas estas regiones gran sentimiento y tristeza, y un increíble dolor en ver que príncipes que tanto avían trabajado en la exaltación y aumento de la corona, quanto tenían sus reynos en suma paz y sossiego, y a su hijo que avía de ser successor en ellas, sublimado con esperança que las avía de dexar sus herederos con gran gloria, y en el mismo tiempo que se hazían generales fiestas por toda España, por los matrimonios de la Reyna de Portugal y de la infanta doña Catalina sus hermanos, fuesse tan presto arrebatado de medio, en la flor de mocedad” (Cfr. ZURITA, G., *Op. cit.*, fols. 127r-128v).

20. ANDRÉS BERNALDES reproduce las palabras consolatorias que el rey don Fernando debió de dedicar a su hijo para confortarle en su muerte: “Fijo mucho amado, aved paciencia, pues que vos llama Dios que es mayor Rey que ninguno otro, y tiene otros reinos y señoríos mayores e mejores que non éstos que vos teníades y esperábades para vos dar, que os durarán para siempre jamás, y tened corazón para recibir la muerte que es forzoso a cada uno recibirla una vez, con esperanza que es para siempre inmortal e vivir en gloria”. *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, escrita por el bachiller Andrés Bernaldes, cura que fue de la villa de los palacios y capellán de don Diego Deza, Arzobispo de Sevilla, in: Crónicas de los Reyes de Castilla, Op. cit.*, p. 691.

había soportado, con gran dolor y duelo de todos los súbditos. Así, entre otros muchos, Gil González de Ávila, en su *Historia de las Antigüedades de Salamanca* publicada en 1605, comenta sobre este suceso:

“Causó la muerte suya en España tanto sentimiento que dize Philippo Cominus, historiador francés, que por espacio de quarenta días se enlutaron todos los grandes, cavalleros, vasallos y embaxadores de reyes, y que en todas las puertas de las ciudades estuvieron puestas vanderas negras, celebrando pompas funerales en señal de sentimiento y tristeza y del amor grande que tenía a este príncipe difunto y a los Reyes Católicos sus padres.

Nuestras historias añaden que grandes y pequeños se vistieron de xerga blanca que fue la última vez que se usó desta manera de luto en Castilla. Y no sólo España dio muestras de tristeza. sino también Italia, y más en particular el Pontífice Máximo, como aficionado al príncipe y a sus padres”²¹.

Su cuerpo fue expuesto en la capilla mayor de la catedral de Salamanca, hasta que el dos de noviembre Juan Velázquez, camarero del príncipe, lleva el cuerpo de don Juan, por mandato real²², al convento de Santo Tomás el Real de Ávila, convento que fue fundado por los Reyes Católicos, donde hoy reposan sus restos²³.

No es necesario explicar el dolor que asoló a los reyes y a la joven viuda²⁴, quien meses más tarde daba prematuramente a luz una niña muerta, quebrándose

21. GIL GONZÁLEZ DE ÁVILA, *Historia de las Antigüedades de la ciudad de Salamanca. Vidas de sus obispos y cosas sucedidas en su tiempo*, Salamanca, Artus Taberniel, 1605, pp. 407-408. En tono de duelo parecido escriben todos los cronistas e historiadores contemporáneos y posteriores.

22. Tal medida se expuso a través de una carta que los reyes enviaron al cabildo de Salamanca. Dicha carta se conserva hoy en el Archivo catedralicio de Salamanca, siendo reproducida por primera vez por Gil GONZÁLEZ DE ÁVILA (*Op. cit.*, p. 407). En ese transcurso de tiempo se llevó a cabo la boda entre el rey de Portugal y la infanta Isabel, pues anteriormente don Manuel: “siendo avisado de la dolencia del Príncipe añadió mayor diligencia en el efeto del matrimonio, pareciéndole que la infanta doña Isabel, si el Príncipe falleciesse y de la Princesa no quedasse sucession, avía de suceder en los reynos de Castilla y Aragón como primogenita” (*Cfr.* GARIBAY Y ÇAMALLOA, E. de, *Compendio historial de las Chrónicas y universal historia de todo los Reyes de España, donde se escriven las vidas de los Reyes de Castilla y León*, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1628, pp. 695-696). Y así se llevó a cabo esta boda “no sólo sin alguna demostración de alegría, pero muy desdonadas y tristes”, como referirá G. Zurita (*Op. cit.*, fol. 128r).

23. En un principio, según parece ser, el cuerpo fue enterrado en un humilde túmulo, aunque más tarde, una vez que murió la reina Isabel, se erigió el suntuoso sepulcro de alabastro que hoy se conserva, con un epitafio que ya recogía LÓPEZ DE HARO, y que reza: “Ioannes Hispaniarum Princeps virtutum omnium bonarum artium, christianæque religionis virus cultur, patriæ, parentumque amantissimus, qui paveis annis magna prudentia, probitate, pietateque multa bona confecit, conditur hoc tumulo, quem Ferdinandus Catholicus Rex invictus, Ecclesiæ defensor optimus, pius pater, condire imperavit, genitrix vero Elisabeth Regina pudicissima, et omnium virtutum armarium; testamento fieri iussit, dixit annis 19 obiit 1497” (*Op. cit.*, fols. 4-5).

24. Dolor extensible a todos los súbditos, y muy particularmente a don Diego de Deza, quien pidió a los reyes le trasladasen de su cargo de Obispo de la ciudad del Tormes a causa del recuerdo doloroso que tenía de

de nuevo la esperanza de sucesión masculina²⁵. Y surgieron, como es habitual en un acontecimiento de tanta trascendencia como éste, varias versiones de la muerte²⁶. No faltó quien señalara, apoyándose en la salud precaria del joven príncipe, que el excesivo ardor que demostró en su nueva situación de casado, hizo fatal mella en la vida del heredero²⁷. Fama ésta que llevó a Carlos V a indicar a su hijo Felipe II, cuando le dictaba las dos famosísimas instrucciones de gobierno, que no abusara del matrimonio, “aludiendo explícitamente a la muerte del príncipe don Juan a causa de una cohabitación excesiva”²⁸.

Sea como fuere, no resulta extraño, a la luz de todo esto que venimos señalando, que su muerte trajera consigo toda una literatura luctuosa escrita por alguno de los más destacados autores de nuestro siglo XV²⁹. Sin ir más lejos, el verso que nos ha servido de título a este trabajo y la estrofa con que lo iniciamos están sacados de la *Tragedia trobada* que Juan del Encina le dedica³⁰. Tragedia que podemos dividir en tres partes temáticas: una primera en la que se nos relata en detalle el desarrollo de los sucesos anteriores a la muerte del príncipe desde su nacimiento (¡O, cuántos placeres España sintió/ en todos lugares haciendo alegrías/ fiestas las noches y fiestas los días/ cuando el gran Príncipe ya nos nació...); otra

esa Iglesia. Así, al año siguiente es nombrado Obispo de Palencia. *Vid.*, DORADO, B., *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca, su Antigüedad, la de su Santa Iglesia y Grandezas*, Salamanca, Juan Antonio de Lasanta, 1776, pág. 339.

25. La princesa doña Margarita continuó con su mala suerte, y pese a volverse a casar, retornó de nuevo a la viudez, según nos comenta el cura de Palacios: “e la sin ventura Margarita, su muger, Reyna que fue en su niñez de Francia y después princesa de Castilla e de España, la cual quedó preñada y malparió sin días una hija, y después el Rey y la Reyna la enviaron a su padre a su tierra a Flandes, en el mes de setiembre del año de 99, con el Obispo de Córdoba, don Juan de Fonseca, e con noble compañía por tierra por Francia e de allí casó con el Duque de Saboya en Piamonte, e en cabo de pocos años murió el Duque de Saboya, e tornó a ser viuda Margarita” (*Op. cit.*, p. 691).

26. Ensayos contemporáneos como el de GÓMEZ ÍMAZ, M., *Algunas notas referentes al fallecimiento del Príncipe Don Juan*, Sevilla, E. Rasco, 1890; el de VEREDAS RODRÍGUEZ, A., *El príncipe Juan de las Españas (1478-1497). Bosquejo histórico del malogrado heredero de los Reyes Católicos...*, Ávila, 1938, o más cercanamente el libro de MAURA GAMAZO, G., *El príncipe que murió de amor. Don Juan primogénito de los Reyes Católicos*, Madrid, Espasa Calpe, 1944, han intentado con mayor o menor éxito analizar las causas reales de esta muerte.

27. Así lo recoge PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA en su *Opus epistolarum*, liber X, carta CLXXVI (*Cfr.* CLEMENCÍN, B., *Op. cit.*, pp. 15-106, n. 4). De hecho, según parece ser, la reina doña Isabel decidió, pese a las contraindicaciones médicas que abogaban meses antes de la muerte por una separación temporal de los dos jóvenes ante el aspecto demacrado que presentaba don Juan, que continuasen juntos los dos príncipes. *Vid.* a este respecto lo que recoge GONZÁLEZ-DORIA, F., *Las reinas de España*, Madrid, Payro, 1978, pág. 46.

28. *Cfr.* AZCONA, T. de, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y reinado*, Madrid, BAC, 1969, p. 714, n. 14.

29. Anteriormente, varios autores habían dedicado sus obras al que fue la esperanza de España, al príncipe don Juan. Es el caso de la traducción de las *Bucólicas* de VIRGILIO de JUAN DE LA ENCINA, o del *Arte de Axedrez* de JUAN DE LUCENA.

30. Número 97*JJ-1 del Índice del *Cancionero del Siglo XV* de DUTTON, B., *Op. cit.*; y 180 del *Diccionario de pliegos* de MOÑINO.

segunda en la que se achaca a la ciudad de Salamanca el haber sido lugar de tan dolorosa pérdida (¡O Salamanca, y cuánto perdiste!/ No sin misterio tal nombre cobraste/ bien quedas manca del bien que gozaste...); una última, plenamente consolatoria, en la que siguiendo el clásico “mundus totus” se nos rememora nuestra condición de mortales.

Otro poeta de cancionero, el Comendador Román dedicará unas coplas a la muerte de don Juan: *Esta obra es sobre el fallecimiento del Príncipe nuestro señor que santa gloria aya*, llevan por título³¹. Comienza con un prólogo consolatorio dedicado a los reyes, para proseguir con un desfile alegórico en el que primero aparece la Razón, y tras ella España, las siete virtudes cardinales y teologales, las infantas, los eclesiásticos, los duques, los condes, y los otros estados, realizando cada uno su particular llanto. Una vez que desaparecen todos, la Razón continúa su discurso luctuoso hasta que aparece la Muerte, y expone su poder sobre todo lo terrenal, con lo que la Razón queda confortada. Finaliza la obra de nuevo con unos versos consolatorios del autor a los Reyes Católicos.

Menos conocido que los anteriores es el poema que Garci Sánchez de Badajoz dedica a la muerte del príncipe don Juan³², por haberse transmitido corrupto³³. Agraciadamente no hace mucho que José Manuel Blecua, al dar noticia de algunas composiciones del Mss. 5062 de la Biblioteca Nacional, pudo sacarlo a la luz³⁴. Dividido en tres partes, en la primera –compuesta por dos estrofas– el poeta canta el dolor que a él en particular y a España en general le produjo la muerte del príncipe (Salgan ya palabras mías/ sangrientas del corazón,/ asonadas [de] aquel son/ que cantava Geremías...); la segunda y tercera –de una estrofa cada una– se dedican a la reina (Reyna de los afligidos,/ leona brava de España,/ vuestra dolorosa saña/ nos concede tres bramidos...) y a la princesa (Vos, Princesa esclarecida,/ eclipsada y en tiniebla,/ pues que assí os cubre essa niebla/ de su muerte dolorida...) respectivamente, en donde también se manifiesta el descon-suelo que produjo tal muerte en madre y esposa.

31. Número 98*RJ del Índice del *Cancionero del Siglo XV* de DUTTON, B., *Op. cit.*; y 495 del *Diccionario de pliegos* de MOÑINO. Fue sacada por primera vez por GÓMEZ ÍMAZ, M., *Décimas al fallecimiento del príncipe don Juan, por el Comendador Román (siglo XV)*, Sevilla, E. Rasco, 1890. Recientemente, MAZZOCCHI, G., publicaba un trabajo en el que comparaba la tragedia de Encina con la obra del Comendador, “La *Tragedia trobada* de Juan del Encina y las *Décimas sobre el fallecimiento del príncipe nuestro señor* del Comendador Román: dos textos frente a frente”, *II Confronto Letterario*, 5, 1988, pp. 93-123.

32. Como indica el propio BLECUA en el artículo que reseñamos más abajo en nota, GALLAGHER, P., en su obra *The life and Works of Garci Sánchez de Badajoz* (London, Tamesis Book, 1968), no lo recoge.

33. Aunque J. CASTILLO en su edición a la obra de SÁNCHEZ DE BADAJOZ (Madrid, Editora Nacional, 1980, p. 152) recoge un fragmento compuesto por los cinco primeros versos –glosados de algún pliego suelto, indica BLECUA– lo interpreta como parte de un poema amoroso.

34. BLECUA, J.M., “El manuscrito 5602 de nuestra Biblioteca Nacional”, in: *Homenaje a Francisco Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, pp. 117-118. Y para su comentario pp. 108-109.

Más compleja aún que estos poemas que hemos citado es la obra de Diego Ramírez de Villaescusa, *Dialogui quattuor super auspiciato hispaniarum principis emortuali die*, publicada en Amberes en 1498 y editada hace unos años por Félix G. Olmedo³⁵. Se trata, como indica su propio nombre de cuatro diálogos entablados entre la reina y la Muerte; el rey y la princesa y el rey y la reina. De los cuatro diálogos el que más interés tiene para nosotros es el tercero, auténticamente consolatorio, en el que el rey, además de rememorar la muerte de personajes singulares de la antigüedad –con unas claras reminiscencias de la consolatoria clásica–, responde a las preguntas que sobre cuestiones teológicas le hace la reina.

Otra particular consolatoria, aunque de menor extensión, la compone la epístola que Fray Íñigo de Mendoza escribe a los reyes, Isabel y Fernando, con motivo de la muerte de su hijo, el príncipe don Juan. Publicada en 1917 por fray Alejandro Amaro³⁶, fue sacada de nuevo a la luz por Rodríguez Puertólas en su estudio sobre las *Coplas de Vita Christi*³⁷.

Una última composición que recogemos se encuentra en una hoja de guarda del Mss. 2762 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca. Se trata de un Cancionero con obras de varios autores del siglo XV datado hacia 1500, en donde hayamos dos poemas uno en latín y otro en romance, recogidos por Brian Dutton en su *Cancionero del siglo XV*³⁸, de Fernando de Cigales. El latino es un epitafio al sepulcro de don Juan según reza el título: *Epitaphium in sepulcrum illustrissimi hispaniæ principis domini ac domini nostri quod bachalarius Fernandus de*

35. OLMEDO, a la vista de la rareza y singularidad de esta obra, la incorpora a su estudio más amplio sobre la vida y obra de Ramírez de Villaescusa como un apéndice. El hecho de que se trate de una versión libre –el mismo Olmedo reconoce que huye a veces de la literalidad del texto así como pasa por alto determinados pasajes pesados– y de que este autor no haya podido utilizar una edición completa, hacen más que necesaria una vuelta de nuevo al texto original. Mientras, véase OLMEDO, F.G., *Diego Ramírez Villaescusa (1495-1537). Fundador del Colegio de Cuenca y autor de los cuatro diálogos sobre la muerte del príncipe don Juan*, Madrid, Editora Nacional, 1944, pp. 217-296.

36. AMARO la publicó conjuntamente con la epístola, también consolatoria, que ÍÑIGO DE MENDOZA escribe a los Reyes Católicos con motivo de la muerte de su hija, la reina de Portugal, doña Isabel, “Dos cartas de Fr. Íñigo de Mendoza a los Reyes Católicos”, *Archivo Iberoamericano*, 7, 1917, pp. 459-463.

37. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., *Fray Íñigo de Mendoza y sus Coplas de Vita Christi*, Madrid, Gredos, pp. 80-82.

38. Se trata del [ID4690] Sa9a-0, reproducido en el tomo IV, pág. 193 de esta obra ya citada en varias ocasiones. El profesor DUTTON reproduce el texto castellano completo –a excepción del final de los tres últimos versos corruptos por un roto en el manuscrito–, no así el latino del que tan sólo da el título y los dos primeros versos, por ello lo reproducimos a continuación: “Nunc teneras lector lachrimas effunde sepulcro/viscera tentantur si pietate tua/ nam facet hic clausus princeps preclarus in orbe/ heres Ioannes hisperieque decus/Regis fernandi quondam dulcissima proles/ ille tuis Çesar Maximiane gener/unicus augusta clara genitrice creatus/ Isabela tuus intimus iste dolor/Nondum bis denos etas eius inderat annos/cum rrapuit juvenem precipitata dies/ O mors qui teneros dulces disyungis aniantes/ et lachrimis in summa coeli regione locatus/ vivit et in cele pfevitur que deo/ optatus cum Christo potius regnare beatu/ quam rerum dominus maximus esse volens/ nunc tandem gaudt nec mors dudabitur illi”.

Cigales lusit ipsa die exequiarum in urbe qua vulgo trugillo dicitur. El otro poema se escribe en romance, según se indica en su título, para que pueda leerlo todo aquel que no sepa latín, *El qual bachiller hizo estas coplas casy declarando los versos a los que no saben latín.* En uno y otro de nuevo se explicita amargamente el dolor que causó la desaparición de la “esperanza blanca”, como se consideraba a este príncipe³⁹.

No hay que olvidar tampoco el éxito literario que tuvo esta muerte en el romancero. Así se conservan numerosos romances históricos que viven desde el siglo XVI hasta nuestro días; que, aunque cargados de inexactitudes históricas y anacronismos –como el hecho de que la reina madre se presente ante su hijo moribundo, o que la princesa doña Margarita dé a luz un hijo póstumo del príncipe–, no por ello dejan de significar la desazón que motivó este acontecimiento incluso en centurias posteriores⁴⁰.

Dejados a un lado estos testimonios literarios que hemos traído, nos interesa por último llamar la atención sobre una larga consolatoria en prosa escrita a fines del siglo XV por Alonso Ortiz, canónigo de Toledo⁴¹. No vamos a pararnos en describir la vida y obra de este humanista, profesor de Teología de la Universidad de Salamanca⁴², con la que siempre mantendrá un estrecho vínculo como se deriva del hecho de haber donado toda su biblioteca su muerte al estudio salmantino⁴³. Sí, en cambio, aprovechar la ocasión para volver sobre este personaje, hasta ahora bastante olvidado, y sobre el que esperamos en breve poder sacar a la

39. Otro epitafio digno de mención es el que cita OLMEDO en la obra anteriormente indicada, el que Juan Velasco encarga a MARINEO SÍCULO –pág. 224–. No hay que olvidar tampoco, como bien recuerda este investigador, la elegía que PEDRO MÁRTIR hace a su amigo el príncipe don Juan –pág. 312-313; o la monodia que escribió BERNARDINO RICÍ titulada *De obitu Serenissimi Principis Iohannis Aragonis ad moestissimos parentes Ferdinandum and Helisabet optimos maximos Hispaniæ Reges monodia* (Salamanca, s. i. t., 1499), que más tarde dará lugar a las dos elegías que FRANCISCO FARAGONIO dedica a la muerte de este príncipe, una de las cuales dedicará al propio RICÍ –pp. 222-223 y 314-316–.

40. Véase, “El tema de la muerte del príncipe don Juan” en el *Romancero*, ed. P. DÍAZ MAS, Barcelona, Crítica, 1993. Americo CASTRO recogía en 1912 en Sanabria uno de estos romances (Cfr. A. BLECUA, *Art. cit.*, p. 117). Incluso algunos versos de estos romances se han incrustado en obras mayores, tal es el caso de la comedia de L. VÉLEZ DE GUEVA, *La serrana de la Vera*, entre otras (Véase la edición de E. RODRÍGUEZ CEPEDA, Madrid, Ediciones Alcalá, 1967, págs. 100-101). Agradecemos a nuestro buen amigo Rafael Ramos la noticia de estos textos.

41. Existe asimismo otra consolatoria digna de mención, recogida ya por GÓMEZ ÍMAZ en la edición del Comendador Román. Escrita en latín, su autor BERNARDO CARVAJAL se la dedica a los Reyes Católicos, *Epistola consolatoria ad Ferdinandum et Helisabeth. Hispaniæ de morte Regis Johannis et hispanico, et hispanico sermone in latinum traducta per Garsiam Bobadilla.* También menciona GÓMEZ ÍMAZ una elegía fúnebre latina escrita por el Bachiller de la Pradilla (*Op. cit.*, pp. xxxi-xxxiii).

42. Aunque con bastante precaución por el desorden y la existencia de crasos errores pueden consultarse las páginas introductorias que G. MARIA BERTINI dedica a su edición al *Diálogo sobre la educación del Príncipe Don Juan* (*Op. cit.*, pp. 1-40).

43. En este momento estamos preparando un artículo sobre los libros que componían la biblioteca de este canónigo, biblioteca por otra parte bastante importante como puede apreciarse por el grueso de la misma, más de

luz algunos aspectos de su notable obra que nos ayudarán a ampliar considerablemente las miras del Humanismo español del siglo XV. Hasta este momento la literatura consolatoria medieval se había centrado casi exclusivamente en la obra que don Enrique de Villena dedica a Juan Fernández de Varela para consolarle por la muerte de sus familiares, producida por el foco de peste que asoló la ciudad de Cuenca en 1420⁴⁴. En cambio parece haberle pasado bastante inadvertido el *Tratado del fallecimiento del muy Ínclito Señor don Juan*, conservado hasta hoy en dos versiones manuscritas, una romance y otra latina⁴⁵, en los anaqueles de la Biblioteca Univeritaria salmantina⁴⁶.

La importancia de esta consolatoria no sólo radica en el tema que expone y que amplía la literatura de *laudatio funebris* que sobre la muerte de don Juan hemos recogido hasta ahora, sino que además se trata de la consolatoria mayor en volumen y complejidad de las que conservamos en el corpus consolatorio del siglo XV⁴⁷. Comienza el tratado, al igual que el resto de las obras que hemos visto, haciendo una alabanza del príncipe y del dolor que aqueja al autor tras esta pérdida; de igual modo se alaba la actitud que los reyes adoptaron con la muerte

600 volúmenes. Mientras, quien quiera conocer todo lo que hasta ahora se ha publicado sobre la misma y su donación a la Univeridad del Tormes debe recurrir al artículo de MARCOS RODRÍGUEZ, F., "La Biblioteca Universitaria de Salamanca" in: *La Universidad de Salamanca, II: Docencia e Investigación*, Salamanca, Universidad, 1990, pp. 279-283. Artículo, por otra parte, que no hace más que reproducir corregidamente el trabajo que este mismo autor publicaba en el *Repertorio de Historia de las Ciencias Eclesiásticas en España*, II, Salamanca, 1971, pp. 261-283.

44. Como siempre que se habla de esta consolatoria hay que volver a la edición de Derek C. CARR (Madrid, Clásicos Castellanos, 1976).

45. A punto está de salir nuestra edición sobre esta consolatoria en su versión romance, aunque hemos tenido muy en cuenta el texto latino, por razones que más abajo indicamos.

46. La versión romance se encuentra en el Mss. 367, compuesto por 37 folios: del 1 al 32 se encuentra la consolatoria que analizamos –dedicada a un prelado, según BERTINI posiblemente al cardenal Francisco Jiménez de Cisneros–; del 33 al 37 hallamos una *Oración* laudatoria dedicada a los Reyes Católicos. En cuanto al texto latino, el Mss. 368, parece desconocerlo BERTINI pues nada dice de él. Está formado por "tres quadernos sobre consolación de la muerte del príncipe don Juan" según reza en el folio 61r, desarrollándose el texto desde el folio 62r al 93v (la numeración de los folios en uno y otro manuscrito son posteriores). En este caso, el texto se dedica a los doctores y maestros del Estudio salmantino. A nuestro parecer, atendiendo a la llamada que aparece al fin del folio 93v: "Comiença un tratado del falledscimi", en un principio se encontrarían unidas ambas consolatorias, primero la latina y luego la romance. Seguramente fueron separadas en el siglo pasado cuando se encuadernaron en sendas pastas españolas, quedando físicamente escindidas tal y como se nos conservan hoy día. Eso explicaría lo del título "Tres quadernos", siendo tal vez la *Oración* laudatoria el tercer cuaderno. Si esto fuera así, como creemos demostrar de sobra con lo aducido, es fácil pensar que el latín sería la lengua con la que primero se redactaría el texto, y más tarde, posiblemente como ayuda a los nos diestros en la lengua del Lacio, se tradujo al romance. Avala esta hipótesis el hecho de que el texto latino comience con una invocación al alma dolorida de los Reyes Católicos (fol. 62), que no aparece en el texto castellano; así como tampoco el *Argumentum libelli* que a modo de resumen se explicita en el vuelto del folio 62.

47. Para el estudio de este corpus véase CÁTEDRA, P.M., "Prospección sobre el género consolatorio en el siglo XV" in: *Letters and Society in Fifteenth-Century Spain in Studies presented to P. E. Russell on his eightieth*

de su primogénito. Tras ello, presenta su obra como un diálogo entre el rey don Fernando y la reina doña Isabel, en la que el rey narra en detalle los últimos momentos de la vida del príncipe, lo que con el habló y el estóico comportamiento que adquiere don Juan en su lecho ante la evidencia de su muerte⁴⁸. De esta manera se cumple históricamente lo que sabemos, que el rey don Fernando asistió a la muerte del príncipe mientras la reina permaneció en Valencia de Alcántara⁴⁹; lo que en un principio puede servirnos de documento histórico pues amén de la actitud cristiana del moribundo que se nos presenta, manifestada por su deseo de recurrir a la salud de su alma, también se nos ofrece la preocupación que siente por los seres que dejaba en la tierra: la situación en la que debe quedar su viuda, pagar las deudas que posee, así como despachar como se merecen todos los miembros de su cámara. De nuevo aquí el texto se encorseta en los acontecimientos reales, pues como sabemos el mismo día 4 de octubre, el príncipe don Juan hace testamento explicitando estas y otras mandas que hemos comentado⁵⁰. La reina interrumpe de vez en cuando la narración del rey para lamentarse o preguntar algo concreto.

Hasta aquí la consolatoria discurre por un camino bastante habitual en este tipo de obras, no obstante, pronto el tratado da un giro importante. La consolatoria se convierte en un largo discurso teológico sobre la muerte y la actitud de los cristianos ante la misma, teniendo siempre a la vista la mortalidad del individuo devenida del pecado original. Y es en este caso la reina la que responde a las preguntas del rey⁵¹. Preguntas que sirven para ensalzar la condición católica de la

birthday, ed. A. DEYERMOND & J. LAWRENCE, Londres, The Dolphin Book, 1993; y en concreto para esta consolatoria, los números 21 y 22.

48. Según recoge el duque de Maura, aunque sin indicar la fuente de su afirmación, tras la muerte del príncipe, don Fernando retornó junto a la reina no sin antes “requerir el concurso técnico del doctor, Alonso Ortiz, Canónigo de Toledo, especialista en consolaciones, desde que escribió nada menos que un tratado (impreso después con otros cuatro del mismo autor) para aliviar la pena de la Princesa de Portugal y de sus padres por el fallecimiento del Príncipe Alonso” (*Op. cit.*, p. 192). Tal vez esto explicaría la aparición de esta consolatoria, aunque hay que pensar sin lugar a dudas que el texto que facilitaría ORTIZ al rey sería más corto, y que tal vez, como ocurrió con GONZÁLEZ DE OVIEDO con el *Libro de la cámara*, más tarde el canónigo se animaría a escribirla *in extenso*.

49. Se llegó a comentar, como recoge, entre otros, GARIBAY (*Op. cit.*, p. 696) que el rey, para evitar la terrible impresión que daría tal noticia a la reina, decidió que sería mejor anunciarle su muerte de modo que cuando él apareciera y contará la verdad, la reina sentiría menos el dolor al comprobar que no había perdido a su marido.

50. El testamento, conservado hoy en un documento del Archivo General de Simancas, fue publicado por J. M. ESCUDERO DE LA PEÑA en su edición del *Libro de la Cámara Real...*, apéndice II, V (B), pp. 233-247.

51. No deja de resultar curioso que, aunque cambiados los papeles la situación coincide con la que refleja RAMÍREZ VILLAESCUSA en su tercer diálogo, incluso hemos podido observar alguna concomitancia en los argumentos. Lo difícil ahora, es desentrañar quién copia a quién; aunque la temprana publicación de los diálogos de RAMÍREZ DE VILLAESCUSA (1498), y precisamente el hecho de estar impresos benefician la originalidad de este autor.

reina, incluso en detrimento del rey que a veces parece desconocer los postulados más elementales de la religión católica⁵².

Acabado este diálogo, y con la llegada de la noche, los reyes se recogen en su aposento. Ambos al unísono se introducen en un sueño alegórico, común a otras muchas obras medievales, en el que se dan cita todas las virtudes, exponiendo cada una un discurso. Así, aparecen la Caridad, la Fe, la Esperanza, la Consolación, la Confortación, la Longaminidad, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza, la Templanza, concluyendo, al fin, de nuevo la Caridad. Cada una de ellas toma desarrolla su discurso tomando ejemplos religiosos de las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia, y testimonios paganos de la historia greco-latina, sin dejar de obviar acontecimientos cercanos en el tiempo, como cuando la Fortaleza hace memoria de los sucesos ocurridos en Málaga, Bata o Granada. Concluye, tras la proposición de la Caridad, con un último diálogo de los reyes, cuyos corazones aparecen ya confortados y animados tras estas apariciones.

Con estas breves consideraciones tan sólo hemos podido esbozar un panorama general de esta peculiar consolatoria. Quedan, no obstante muchos otros problemas que dejamos para mejor ocasión. Amén de todo esto, lo que es evidente es que desde el punto de vista histórico tanto la obra de Ortiz como la de Encina son los dos únicos textos que nos aportan datos fiables sobre los acontecimientos que se sucedieron durante la muerte del príncipe don Juan. En este sentido, sin lugar a dudas, la descripción pormenorizada que nos facilita Ortiz, mediante los diálogos del príncipe con su ayuda de Cámara, Juan Chacón, o del Rey con su hijo, son el único testimonio, más o menos fiable, según el grado de retórica observable, que conservamos, y de ahí la importancia histórica y literaria de este tratado.

Hoy, por el momento, tan sólo hemos querido llamar la atención sobre cómo el dolor y la desazón que produjo la muerte del primogénito de los Reyes Católicos, trajo consigo la aparición de una literatura fúnebre de muy diversos géneros⁵³.

JACOBO SANZ HERMIDA
 Universidad de Salamanca

52. En este sentido el diálogo es bastante artificioso, pues en algunos casos el rey hace preguntas estereotipadas en discursos dialogógicos como éste, algunos del tipo: “Pues rúégote que declares los lazos de los bivientes, si la memoria te ayuda”, etc.

53. En el coloquio que se sucedió tras esta comunicación nos preguntó el Profesor Alan Deyermond si no existía una antología de todos los textos literarios que se sucedieron tras la muerte de don Juan, nosotros por el momento desconocemos nada semejante –tan sólo, como apuntamos en nota, existen estudios que atañen al Romancero– por lo que no desechamos el abordar en breve trabajo semejante.